

25 PUNTOS

Tumbó los altavoces y noté vibrar el suelo. Era morse. Decía te quiero.

Cuando nos conocimos la vida tenía sus 5 sentidos, aunque yo ya estaba empezando a no escuchar algunas cosas. Eso que se tarda tanto en aprender a hacer en sentido figurado a mí me venía de serie: Un defecto coclear que comenzó a notarse con las frecuencias bajas.

Cuando nos conocimos Arturo venía de frente, y sólo sé que su sonrisa dejó el mundo sin sonido. Eso es algo que ahora es conocido, quizá incluso frecuente, pero no es intenso ni bonito, cuando aquello no tenía mejoría.

Ya llevamos juntos 13 años y la gente nos mira llena de supersticiones.

Yo bailaba como si no hubiese otra oportunidad de hacerlo, me decían que perdía el sentido, lo que realmente pasaba pero en un escenario diferente. Cuando me di cuenta de que ya no podía seguir las músicas de fondo, que los compases los aprendía de memoria viendo a compañeros, Arturo ya se había preparado: de frente, con su media sonrisa y los brazos quietos, para el abrazo más triste de mi vida.

Él tenía ideas, muchas, para que no dejase de bailar, y empezó a ponerlas en práctica un día al despertarme. Giré la cabeza pegada a la almohada, buscando a Arturo y sin entender de dónde venía lo que estaba notando, y fui a tientas, adormilada, a buscar su epicentro. Él estaba en el pasillo con tacones de flamenco, taconeando para probar si podría sentir las vibraciones. Mi mundo de silencio se llenó de música, de pasos de baile que sentir y seguir muchas veces sin tener que ver.

A Arturo se le ocurrían muchas cosas para adaptar mis sueños a este mundo. Estaba acostumbrado a ser la luz de mucha gente.

Su madre había ido perdiendo la vista, también gradualmente, sin pausa, sin prisa. Un camino largo desde pequeño, de llevarla de la mano aunque le avergonzase delante de sus amigos, de gritarle que

no cruzase aún él a ella y no ella a él, de cuidado con los productos, las fechas de caducidad, de en el cole te he hecho un dibujo y colgarlo en la nevera lo viera o no lo viera...

Pero empezó a despertarla con luces de colores, con focos potentes para que no los olvidara, y a veces la despertaba a las 6 de la mañana, la sentaba en la cama y sólo ponía un foco morado en toda la pared, para que sintiese ella también que estaba amaneciendo.

Se puso a su altura, a su lectura y su escritura, y aprendieron braille casi a la vez. Cuando se iba al instituto le dejaba siempre diez copos de los cereales dispuestos, para ir haciendo el recorrido y encontrarse con el primer Hola en braille de su día.

En este último año juntos Arturo tuvo que operarse de la pierna. El médico le veía llegar a las consultas guiando a su madre y pisando fuerte para no perderme a mí por el camino. Estaba al tanto de que las cuidadoras que tenía a su disposición íbamos a volcar nuestros sentidos, los sanos y los escondidos, en hacerle la recuperación lo más agradable posible. Al salir de la operación el médico se acercó a la camilla y le dijo a Arturo que le había dado 25 puntos. A la vez y sin saberlo, Arturo asintió con la cabeza y su madre sonrió a mi lado. Arturo no dijo nada hasta que le quitaron las vendas de las curas casi tres semanas después, cuando yo tenía un ensayo de baile.

Vinieron juntos y se sentaron delante del escenario. Yo no le había visto la cicatriz hasta ese momento, y me dio pena, pensé que era muy irregular, que las grapas o los puntos no se los habían cuadrado bien, que cómo se podía alardear de darle 25 puntos y que quedasen así, que pobre Arturo, que no se merecía tener grabado eso ya en la piel.

Cuando iba a salir a ensayar la parte que me tocaba bailar sola, mi profesora se acercó y me dio una nota en medio del escenario. Era un papel con puntos, 25 puntos, dispuestos en la forma en que rodeaban la cicatriz de Arturo. Debajo, con su letra, ponía “como no sabes leer braille, cierra los ojos, y siente lo que significa”.

Tumbó los altavoces y noté vibrar el suelo. En morse. Decía te quiero.